

# RELATOS e-REALES. Todo es extraño. Por Javier Estévez

martes, 01 de mayo de 2012

Modificado el domingo, 22 de julio de 2012

## RELATOS e-REALES

### Todo es extraño

Por Javier Estévez

Están muertos. Y sin embargo ahí- figuran, en medio de la calle, hablando entre ellos. Paso a su lado, se callan, se giran despacio y me miran. Para mi sorpresa, todos me saludan, repitiendo los mismos gestos que hacen cuando aún estaban vivos. La calle está desierta y las casas permanecen cerradas. Puertas y ventanas. Aún así-, tengo la sensación de que alguien me espía, oculto tras las paredes, aguantando la respiración.

## RELATOS e-REALES

### Todo es extraño

Por Javier Estévez

Están muertos. Y sin embargo ahí- figuran, en medio de la calle, hablando entre ellos. Paso a su lado, se callan, se giran despacio y me miran. Para mi sorpresa, todos me saludan, repitiendo los mismos gestos que hacen cuando aún estaban vivos. La calle está desierta y las casas permanecen cerradas. Puertas y ventanas. Aún así-, tengo la sensación de que alguien me espía, oculto tras las paredes, aguantando la respiración. Por las fachadas escalan rápidas las sombras que hasta hace un momento dormían en el asfalto y sobre las azoteas, el cielo es un desfile sin orden de nubes que chocan torpes entre sí-. Unos pasos que se acercan devuelven mi atención a la calle. Es esa mujer de andar obstinado y trajes desmedidos con su carpeta de cartón asida fuertemente bajo el brazo. Me mira con los mismos ojos perdidos de los que miran el vacío y sigue su camino cuesta abajo, envuelta en su peculiar indiferencia.

Tras el eco cada vez más difícil de sus pasos se instala un silencio ancho, como de madrugada. Me detengo y tan pronto cierro los ojos para escuchar ese hermoso instrumento que es el silencio, irrumpen un viento inesperado que trae consigo una bulla lejana, una confusión de voces, gritos y lamentos que por más que me esfuerce no consigo situar. Reanudo mis pasos con la extraña certeza de no saber hacia dónde voy. Siento angustia y comienzo a correr como si huyera de esa tremolina imprevista a través de un espacio repleto de líneas rectas y rectángulos irregulares. La ciudad en la que vivo se ha convertido en un díctalo de calles que no conozco y que crecen y crecen sin ofrecer salidas para nadie. Tengo la impresión de no saber dónde estoy.

Me adentro en un estrecho callejón y me detengo sorprendido al descubrir que el viento que me persigue es incapaz de entrar en él. Cuando me giro, tras el paso definitivo del viento, asisto a la instantánea irrupción de un árbol en mitad de este río de adoquín y silencio. En tan solo un instante, el árbol alcanza tal altura que para ver su copa debo hacer pantalla con la mano. Aún así-, me deslumbran los rayos que consiguen filtrarse entre sus ramas. Aturdido por la luz, regreso la vista abajo, donde la hierba tan pronto verdeada como se agosta en las juntas geométricas de los adoquines, apareciendo aquí- y allí-, dibujando caprichosas líneas en el pavimento de basalto ennegrecido.

Sorteo el tronco del árbol con dificultad creyendo haber visto tras el ramaje un velero que navega solitario sobre la línea del horizonte. Creo alcanzar el mar pero desemboco en una plaza irregular que para mi sorpresa se desplaza y gira sobre el mar que la rodea. Los árboles plantados en sus parterres están intensamente florecidos. Me emociono ante

semejante belleza. Ahora me envuelve una luz ahogada como de ocÃ©ano viejo. Solo se oye el zumbido intenso de las abejas mientras copulan lujuriosas en las corolas encendidas.

Sobre la plaza, el cielo es tan pesado que el mar comienza a sacudirse y a retirarse de las calles dejando tras de sÃ- una extensa bajamar poblada de fachadas ennegrecidas por el hollÃ-n de los incendios. Las casas tienen sus vientos reventados y en las aceras se acumulan montaÃ±as de cristales rotos donde los pÃ¡jaros picotean con sorprendente fruiciÃ³n. Levanto la mirada y veo a una seÃ±ora que se desgaÃ±ita desde un balcÃ³n gritÃ¡ndole a nadie, no te vayas, por favor, quÃ©date.

Regreso a mi casa con la sensaciÃ³n de estar atravesando un lugar abandonado, reciÃ©n desalojado. Bajo la luz mortecina de las farolas, mientras asciendo por las calles que se llenan de sonidos de viejos galopes y ruedas que giran y sacuden el firme polvoriento, voy dibujando con mi dedo Ã-ndice las siluetas de las casas, las escamas de los tejados, las torres afiladas y las palmeras solitarias que a lo lejos se balancean junto a los Ãºltimas suspiros del atardecer.

Llego a casa y todo estÃ¡ vacÃ³o. No hay nada ni nadie. Solo encuentro en el suelo de mi habitaciÃ³n un periÃ³dico abierto con pÃ¡ginas llenas de rectÃ¡ngulos. Parecen esquelas. Mientras camino hacia el periÃ³dico me sobrecoge entonces una sÃºbita aprensÃ³n: sospecho que mi nombre figurarÃ¡ escrito en una esquina, la mÃ¡s grande, Ã©sa que ocupa la mitad superior de la pÃ¡gina derecha. Sin embargo, unos pasos antes de alcanzarlo, un soplo de aire que corre por los pasillos alborota las hojas alterando ahora el orden de las pÃ¡ginas. Cuando por fin tengo el periÃ³dico en mis manos, lo hojeo y solo veo pÃ¡ginas vacÃ³as, que en blanco y llenas de polvo no dicen nada. Siento, por primera vez en mi vida, que estoy solo, absolutamente solo.

Ahora estoy sentado y confuso en un banco que roza la pared y desconcha el sucio enlucido. Llevo varias horas pensando que Ãºltimamente todo lo que sucede a mi alrededor es extraÃ±o. Como si estuviese soÃ±ando.